

LO QUE NO ENTENDEMOS LAS PERSONAS NORMALES

Entre la pared y la cómoda para dormir, en el suelo, estaba una bolsa con motivos florales y coloridos, llena de pastillas, unas blancas, las otras de color naranja, más pequeñas, todas envueltas en sus respectivos paquetes de aluminio o plástico. Los paquetes, algunos, estaban completamente usados, los paquetes, algunos otros, estaban a medio usarse, y no había forma de saber a ciencia cierta cuántas pastillas había tomado, ni siquiera si las pastillas se habían tomado por algún motivo específico.

Lo cierto es que la bolsa estaba en el suelo, entre la pared y la mesita de noche, y todo lo demás parecía como si hubiera sido desordenado por un torbellino: la ropa, sucia, arrugada y desordenada, por todo el suelo; las sábanas, los cobertores de cama, las almohadas; unas flores amarillas, marchitándose, sobre la mesa, al lado de muchos productos para el pelo. Había también varias maletas ocupando parte de la habitación, como si alguien estuviera a punto de irse, o como si alguien acabara recién de llegar, y todo lo ocupaba el desastre.

La ventana de la habitación daba a un balconcito pequeño en donde había una mesa, blanca, de plástico, y un tendedero, sin ropa; un tapete para baño, rugoso, colgaba de los barrotes del balcón, parecía que se secaba. El ruido era insoportable: era el ruido de construcción, los taladros no dejaban de sonar continuamente. Debajo, en la calle, el barullo era continuo; había unas oficinas de abogados, y se podía ver a la gente ingresando a las oficinas, laborando en todos los pisos, haciendo toda clase de papeleos y de tareas mecánicas seguramente inútiles.

Este era el escenario al que llegaron los mozos de escuadra, que primero se habían confundido de piso, y que ahora tocaban a la puerta, intranquilos, en el piso continuo, en el séptimo/segundo y no en el séptimo/ cuarto. Con su postura derecha, como de soldados, con sus uniformes azules, como guardianes en vilo, se acomodaron por todas partes, todos de pie, y preguntándome si yo... Pero yo no sabía nada, yo solo había llamado al 112 porque Carolina, la chica del piso, la chica *ficticia* de esta historia, me dijo que no se podía mover, yo subiendo por las escaleras, mientras hablaba con ella por teléfono antes de que todo pasara, antes de que todo felizmente terminara.

La emergencia me pareció emergencia desde el momento en el que me dijo que no podía mover las piernas ni los brazos, que no se podía parar, y que sentía todo el cuerpo entumecido. Entonces, solo entonces, pidió ayuda y me llamó para decirme justamente eso,

que no se podía mover. Luego vino la ambulancia, llena de médicos. Vestían todos de amarillo y empezaban a hacerle todo tipo de preguntas, a medirle los signos vitales con todo tipo de aparatos médicos.

¿Cuántas pastillas te tomaste?

Diez.

Son muchas, necesitamos llevarte al hospital.

Me siento bien, ¿no me puedo quedar?

Necesitaban su consentimiento para llevarla al hospital, que un “sí, quiero ir al hospital”, aunque fuera deslizado y mal articulado, torpe, saliera de su boca. Así que le hicieron más preguntas, intentaron hablarle tierna y familiarmente, pero ella se reusaba tanto que al final le pasaron un celular para que hablara con una enfermera del hospital y le explicara, de una y mil maneras diferentes, por qué tomarse diez pastillas era peligroso y atentaba contra su salud, le dañaba los órganos.

Mientras esto pasaba, afuera de la habitación uno de los mozos me hacía preguntas y me pedía mis identificaciones. Les conté lo que sabía: no sé nada, por eso llamé a emergencias. Carolina, un poco tambaleante y débil, pequeñita ella, con mucho esfuerzo y todavía en pijama, se levantó. Se le veía muy poco convencida de querer andar, y seguramente pensaba que la situación no era para tanto, a pesar de que dijera, con una voz débil, está bien, vamos.

Antes de tomar el ascensor, me acerqué para hablar con ella y preguntarle cómo estaba, pero me dijo, en voz baja y mientras nadie la veía, que no quería que fuera con ella y que me odiaba para siempre. Me aparté, no podía ayudarla si me rechazaba. Uno de los mozos, el que parecía más experimentado, me pidió que colaborara, que cargara su chaqueta de mezclilla, por favor. Ya en la ambulancia insistí en estar cerca de ella; me dijeron que mejor me fuera al frente, como copiloto, que atrás solo estaba destinado para médicos y pacientes, y no para acompañantes.

El conductor de la ambulancia intentaba hacerme conversación, pero yo estaba pensando en cómo algo podía terminar en un embrollo como este, y en que toda tragedia ocurre y ocurrirá siempre por *cosas* que se van acumulando, en que sería ingenuo pensar que

algo puede ser aislado en su totalidad de todo lo que lo rodea. Y por estar pensando en todo esto, no podía contestarle al conductor más que con puros monosílabos, o, máximo, con puras palabras de dos sílabas: no, no sé, sí.

Llegamos a un hospital que estaba cerca del mar, y que se llamaba, oportunamente, Hospital del Mar, y yo seguí a uno de los médicos, al conductor, -que debía pensar que yo era una persona muy extraña por no haber querido hacer conversación durante el trayecto-, a hacer todo el papeleo que se necesitaba hacer para que Carolina, la chica de esta historia, la protagonista, pudiera ingresar a urgencias.

En la recepción, una mujer de pelo negro nos pidió todos los datos de Carolina: Carmen, 26 años, estudiante de máster, peruana. Firmé una hoja que no supe bien qué decía, pero que me acreditaba oficialmente como “acompañante”, tanto así que hasta me dieron un carné de acompañante, en donde anexaron los documentos de identidad de Carolina, perdón, de Carmen. A ella, a Carmen, la sentaron en una silla de ruedas. Fuimos, no sé cómo, a parar a un lugar lleno de camillas, y yo pensé que era como una especie de purgatorio para pacientes que, aunque no tenían acreditación de pacientes, se sabía que eran paciente, y por eso no necesitaban traer con ellos un carné que los avalara *oficialmente*.

En ese purgatorio extraño había unos enfermeros que vestían de blanco y que hablaban de cómo uno de ellos había comprado unas bombas en una oferta. Se le veía bien orgulloso de haber aprovechado la oferta, cosa que estaba presumiendo con sus compañeros enfermeros. Su conversación trivial era un alivio *momentáneo*. Mientras tanto, nosotros esperábamos a ver lo que pasaba con Carolina y también lo que pasaba conmigo. Nos llevaron por un pasillo hasta una puerta con un letrero que decía PSIQUIATRÍA (así, en grande, con letras mayúsculas) y a mí me mandaron a la sala de espera, en donde había un montón de gente precisamente esperando.

No pasó mucho tiempo antes de que metiera un par de monedas a las máquinas de comida; compré un bocadillo, una tónica de limón y una bolsa de papas. Me senté en una de las sillas y devoré todo lo que había comprado. Un médico no muy viejo, pero tampoco demasiado joven (debía estar por los treinta), interrumpió mi comida del día para pedirme que le brindara la información que me habían dado en la recepción. Se la di y le pregunté por Carolina. Me dijo que él no estaba ahí para eso, que él solo venía a recoger los datos. Después de que se fue, vi que un señor mayor, moreno, seguramente del sur, estaba intentando

comprar comida en la misma máquina que yo había usado. Le enseñé cómo y en dónde había que meter las monedas: le dije que la ranura se deslizaba para arriba y no para abajo, como es costumbre hacer con otras máquinas del mismo tipo.

Me cambié de lugar, a una de las sillas que estaban pegadas a la pared. Quise dormir un rato, descansar los ojos y mi cabeza. En esas estaba, intentando descansar mis ánimos, cuando entró una chica alterada, hablando por teléfono, que tenía el pelo corto y la piel tapizada de tatuajes, era atractiva. También tenía arracadas en los labios y en las orejas. Me llamó la atención que fuera la única persona de la sala que estaba *realmente* conmocionada. En su universo desconocido, en su mundo, que era ajeno al mío, también había pasado *algo*, una *cosa* que no dejaba de pasar.

Intenté poner atención a la conversación que estaba teniendo para tener más detalles de su historia. No iba a poder ir al pueblo este fin de semana. No se esperaba que pasara lo que pasó. Me sentí identificado con su alteración, acompañado en espíritu con la chica de los tatuajes, porque es cierto: nadie nunca está preparado para las cosas que de pronto ocurren en el mundo, y las cosas, sean trágicas o no, simplemente ocurren, y uno tiene que actuar, tomarlas como van y esperar lo mejor de cada situación. Ella, temblando, casi al borde del llanto o de la desesperación, también quiso comprar comida en la máquina.

Hay que pulsar este botón.

Tío, esta máquina es imposible, ¿no?

Sí.

Gracias.

De nada.

Y después ella se fue a una silla al fondo de la sala, sacó un libro que ya estaba terminando, intentó leer unas páginas. Desde mi silla volteé un par de veces más hacia donde estaba, nuestros ojos coincidieron, y creo que en el fondo nos volvimos un poco más cómplices de todo. O al menos me sirve pensarlo así; me hace sentir un poco mejor. Mientras todo esto pasaba, los doctores del hospital iban y venían anunciando nombres uno tras otro: la señora tal, el señor, tal, ahora puede pasar, ya podemos atenderlo.

Una señora mayor en silla de ruedas se quejaba todo el tiempo de que no la habían atendido todavía, de que llevaba ahí una eternidad esperando y de que no la habían atendido todavía, lo que la ponía de mal humor y hacía que a cada doctor que pasara le preguntara,

una y otra vez, si ya podían atenderla, porque llevaba ya mucho tiempo esperando. Yo me levantaba, caminaba de un lado para el otro, me volvía a sentar. Así unas tres veces, esperando y acompañando, estando.

Pasaron cerca de cuatro horas hasta que una doctora de lentes muy grandes y pelo muy enmarañado entrara a la sala anunciando, “El acompañante de Carolina” y ese era yo, el acompañante de Carolina.

Cuando la vi, Carolina estaba sentada a las afueras del despacho de la Doctora. Me vio y me dijo, me repitió, más bien, que no quería estar conmigo, que me fuera. Me senté al lado suyo y le pregunté cómo estaba, pero no quería hablar. La Doctora Lentotes nos dijo que esperaríamos unos minutos antes de pasar. Esperamos esos minutos y después entramos en un cuarto que estaba ocupado por un escritorio grande y una computadora bastante antigua. Detrás del escritorio, la Doctora intentaba explicarme lo que había pasado. Carolina tiene ataques de pánico y es ansiosa, Carolina en situaciones de estrés empieza a tener pensamientos irracionales. Le dije que entendía, pero que no sabía qué hacer, que estaba muy nervioso por lo que había pasado. Ella, la Doctora, sonreía y hacía como si me escuchara, parecía como si hubiera practicado esa cara antes, como si para poder graduarse de la carrera de medicina le hubieran dicho, “cuando tratas con pacientes es importante que, pase lo que pase, pongas una cara plácida, de tranquilidad y de comprensión absoluta, que diga que todo va a estar bien, a pesar de que todo se esté cayendo a pedazos”. Esa era la cara que ponía la Doctora; Carolina, en cambio, veía hacia el suelo, no levantaba la cara, se le veía cansada, triste y arrepentida.

“Esta es una receta para las pastillas que tiene que tomar.”

Y salimos de la consulta. Le dije a Carolina que fuéramos despacio, que acababa de salir, pero ella insistió en que no quería verme nunca, nunca más, e insistió en que quería estar lo más lejos de mí. Se tambaleaba, no podía andar muy bien. Yo insistí en fuéramos juntos, pero me dijo que no, que la dejara en paz, así que tomamos caminos diferentes; tenía miedo de que algo le pasara en el camino.

Yo fui el primero en llegar al piso. Aunque primero estuve caminando un buen rato sin rumbo fijo, pensando en toda la situación. Me recompuse un poco. Caminé o tomé el

metro, pensando que Carolina ya estaría ahí cuando yo llegaré. Lo primero que hice fue liarme un cigarrillo para intentar calmarme. Ella llegó unos veinte minutos después. Inmediatamente entró en la habitación. Se sentó al borde de la cama, abrió el cajón de la mesa de noche y empezó a sacar unas pastillas blancas, grandes, y otras naranjas, pequeñas, de la bolsa colorida. Me abalancé sobre ella y le saqué todas las pastillas de la boca, como pude “¿Estás loca?”, le dije, “¿Cómo es posible que después de estar toda la mañana en el hospital quieras meterte más pastillas?” Me empezaba a alterar, mis manos temblaban.

“Si quiero hacerme daño, no necesito las pastillas”

En el cajón de la mesa de noche, Carolina guarda una bolsa de plástico transparente con diferentes objetos para maquillarse. Abre el cajón, encuentra y saca la bolsa; revuelve todas las cosas que hay dentro. Pronto le arrebató la bolsa con fuerza y todos los objetos maquilladores salen volando y se desparraman por toda la habitación. No sé qué hacer, tengo, sin darme cuenta, mis dos brazos ocupados por dos bolsas diferentes: la bolsa de las pastillas y la bolsa del maquillaje.

Carolina vuelve a abrir la mesa de noche y encuentra lo que ha estado buscando desde un principio: *algo* -cualquier cosa- para hacerse daño. Esta vez sostiene unas tijeras, que no son pequeñas, sino grandes y peligrosas, con las que se puede hacer daño. Sale de la habitación, a la sala, y busca desesperadamente encerrarse en el baño; pongo mi pie en la puerta. Ella se rinde y sale corriendo, otra vez hacia la habitación.

Ahora, más que unas tijeras, se le ve empuñando *un* arma, casi como si fuera un cuchillo. En cualquier momento se lo mete en el estómago. Lo que es peor: en cualquier momento *me* lo mete en el estómago. No hay testigos. Pienso en nuestros compañeros de piso. Ellos están encerrados en su habitación y no quieren salir. Mis manos tiemblan; tomo el celular y llamo a una de sus amigas para decirle que Carolina o Carmen o Carla, los personajes que quiero pensar que son *ficticios*, tiene unas tijeras en la mano y que en cualquier momento puede usarlas para hacerse daño.

Voy para allá, ¿cuál es la dirección?

Roger des Flors, 9bis, siete/cuarto

Casi de forma acrobática, logro quitarle las tijeras, pero se nota que ella es mucho más ágil que yo: ya ha pensado en la siguiente *arma*, un cuchillo de cocina. La detengo, forcejamos, se golpea la cabeza con la pared y cae al suelo, fingiendo que se desmaya. Sé que finge porque el golpe no es tan fuerte; sé que finge porque está con los ojos semiabiertos, haciéndose la dormida, o lo que es peor, haciéndose la inconsciente.

La ayudo a levantarse y nos levantamos juntos, ella apoya su cuerpo contra el mío, confiando en que no la voy a dejar caer. En el cuarto, intenta tomar de nuevo las tijeras o cualquier cosa, la empujo a la cama, y me pongo encima de ella, para que no se pueda mover, para que no se haga daño; otra vez forcejamos, me grita, me pega, me tira del suéter. Aunque sus golpes no son tan duros, sus insultos son sonoros. Auxilio, que alguien me ayude, por favor. Auxilio, auxilio, auxilio. Intento razonar con ella, decirle que no puedo dejar que se haga daño, que estoy asustado, qué te pasa, por qué haces todo esto, ya llamé a Luisa, su amiga, colombiana, de pelo castaño, ojos grandes, y me dijo que estaba en camino.

Nuestros brazos y nuestras piernas son como lazos, no nos podemos mover mucho, y, entre tanto movimiento, entre tanta fuerza, su cabeza vuelve a impactar contra la pared. El golpe ahora sí es muy fuerte (¿estará dormida o se estará haciendo la inconsciente otra vez?) Me quito de encima de ella, intento revivirla, moverla, hacer que se mueva, o que dé señales de que está bien, de que no tenemos que ir al hospital otra vez, a causa de una contusión, aunque quizás, pienso.

El timbre suena, abro la puerta, y Lucía entra caminando rápidamente, pidiéndome que le explique un poco lo que pasó. Salgo de la habitación un momento para contarle a Luisa justamente lo que pasó, pero Carolina empieza a llorar mucho, a decir que me vaya que no me quiere ver, que soy un hipócrita, un farsante, un hijo de la gran puta. Empiezo a hacer las maletas para irme, en el fondo un poco huyendo, pensando no quiero estar aquí, una y otra vez, no quiero y también pensando, en que Lucía, su amiga, puede hacer algo que yo no puedo hacer, como si ella tuviera una fórmula secreta y yo no la conociera.

Pero Lucía, de todas las cosas que puede hacer, decide ponerse en el balcón, se sienta en una de las sillas blancas de plástico, saca un cigarrillo y lo fuma. Parece la espectadora de una obra de teatro.

La puedo ver desde la ventana, porque la ventana de la habitación da al balcón, es grande. Abro la persiana y también la ventana, para respirar y poderle decir algo: que me ayude a que Carolina se tranquilice. Lucía me dice que no, que no se va a meter en medio de la pelea, que las cosas que tenemos que arreglar las arreglemos como las personas normales, y que, de una vez por todas, zanjemos todos los problemas que tenemos entre nosotros, nos digamos absolutamente todo. No sé por qué me convence, pero me convence. Carolina me grita de nuevo, me dice que, si me quiero ir, que me vaya, lejos, a un lugar en donde nunca más me pueda volver a ver la puta cara. De pronto le digo o le grito, no sé:

“Carajo, ¿por qué quieres matarte?”

Pero quizás para matarse uno no necesita ninguna explicación; el suicidio es un misterio incomprensible, incluso en las situaciones más adversas; en el borde del precipicio, siempre lo será, aunque aquí, esto, está escrito por una persona que no es depresiva, y Carolina es depresiva y ansiosa y tiene ataques de pánico, según dijo la Doctora Lentotes, que ahora no está para ayudarnos con nada de esto. Así que para ella matarse debe ser lo más lógico del mundo, porque ya no puede con la vida, y la vida se la ha llevado arrastrando hasta el límite, hasta este momento preciso en el que ya no puede más con la vida y cualquier cosa puede convertirse potencialmente en un arma.

Empieza a llorar y a decir cosas que no comprendo muy bien, no son oraciones, sino balbuceos entrecortados por los sollozos y la respiración agitada. Le falta el aire, así que voy a la cocina para buscar una bolsa. Le digo que todo va a estar bien, que se tiene que tomar las pastillas que le dio la Doctora Lentotes, que respire profundamente en la bolsa. Pero ella no quiere, se rehúsa haciendo movimientos bruscos con el cuerpo, jalándome el suéter y pegándome con sus manos en todas partes.

“Me hacen mal, las pastillas me hacen mal, no soy *yo* misma.”

Yo, que tampoco tomo las pastillas, no le creo, le digo que se las tiene que tomar. Lucía, mientras tanto, sigue en el balcón, y no sé si está al tanto de toda la situación, porque parece que no quiere involucrarse, a pesar de que yo necesito que se involucre urgentemente, porque Carolina no está bien, no puede respirar, le falta el aire, no puede hablar, y porque antes ha intentado matarse con más pastillas y también ha intentado matarse con un cuchillo y con unas tijeras. Aunque Lucía esto lo sabe, no lo ha vivido en carne propia, y por eso está tan tranquila, porque es diferente *saber* cosas por boca de otro que vivirlas.

Salgo un momento al balcón para hablar con Lucía. Intento reconstruir todo desde el principio, acercarla un poco a lo que estoy viviendo. Por alguna razón, le cuento la historia desde que Carolina tomó las tijeras, y le digo que no sé qué hacer y que el hospital y que la Doctora y que las pastillas, etcétera. Se lo cuento y en mi cabeza la historia está llena de emociones y conmociones un poco traumáticas, tiene todo el sentido del mundo, pero cuando escucho cómo sale de mi boca deja por alguna razón de tener sentido, parece más bien una historia diferente, casi una película surreal y absurda.

En realidad, no sé por qué razón no empecé por el principio, por decirle que la noche anterior Carolina y yo habíamos discutido, y que por ese motivo yo había dormido fuera, en el piso de unas amigas a las que Lucía no conoce ni conocerá nunca. No sé por qué razón no le digo, no puedo decirle, que desde anoche Carolina me había mandado mensajes de texto diciéndome que se estaba tomando una, dos, tres pastillas, como si fueran caramelos, porque supuestamente estaba ansiosa y quería dormir y no podía. No sé por qué razón no le digo que yo había leído esos mensajes sin prestar mucha atención. Sí, pienso que quizás debí haber empezado por ahí, desde que no sabía lo que pasaba con el no poder dormir, porque al final, eso es lo único que quiere Carmen, dormir; eso es lo que ha querido Carla desde el principio, dormir un rato, aunque sea corto; eso, en el fondo, es lo que Carolina busca, quizás desesperadamente, dormir para siempre, descansar, y no despertar nunca más.

Me doy cuenta de que Lucía no me entiende muy bien, hace una cara extraña, como de sorpresa, pero después su cara se transforma a una cara plácida, como la de la Doctora, y me dice, todo va a estar bien, yo te entiendo, tranquilo. Ahora también parece que ella recibió la educación de “cómo hacer sentir bien al otro”, pero no quiero que me *entienda* o no quiero que me diga que me entienda, porque no es cierto que me entiende, aunque me lo diga. Ella no ha estado ahí, en medio de toda esta locura. Quiero que me *ayude*, que se dé cuenta que Carolina no está bien y que me ayude a hacer algo al respecto. Porque yo solo no puedo con la situación. Y porque los mozos y la ambulancia ya vinieron a dejar todo un poco arreglado. Pero ella escoge tranquilizarme y decirme que me entiende y decirme también que está para cualquier cosa que necesite. Y esto lo repite una y otra vez, sin entender absolutamente nada, mientras yo, como una chimenea, estoy fumando un cigarrillo tras otro, y Carla, perdón,

Carolina, perdón, Carmen, en la habitación se empieza a calmar un poco, gracias a la bolsa de plástico.

Entonces Luisa por fin me dice que va a hablar con ella. Yo me quedo en el balcón, fumando, con la esperanza de que de verdad hable con ella y con la sensación de que de verdad me entiende. Después, entro a la habitación y me doy cuenta de que Lucía ha desaparecido, no está en ninguna parte. Salgo y la empiezo a buscar como loco, por todo el piso, pero nada, ningún rastro, se ha ido y me ha dejado aquí, y yo, que ya no puedo más.

Alguien sale del baño, me doy cuenta de que es Lucía y me alivio.

Sí, Lucía, por favor, haz algo, que ya no puedo más, pienso.

Sí, Luisa, por favor, quédate conmigo, esto, no te vayas a ninguna parte.

Lucía entra a la habitación, abraza a Carmen y después se despide de mí y me dice: “cualquier cosa que necesites, tienes mi número”. No te vayas, pienso otra vez, pero no lo digo, porque Lucía, Luisa, es amiga de Carmen y no mi amiga, y entonces no me siento quien para decirle que se quedé ni para decirle que la necesito. Y Carmen, según me dice Lucía, le dice que todo esto es un problema de dos, algo pasajero, un problema de pareja, que lo único que ella necesita ahora mismo es hablar conmigo, pero que ya está más tranquila y que se puede ir. Así que Luisa se va, de pronto, inadvertidamente, aunque no sin antes darle un abrazo largo a su amiga, mientras yo me quedo, deseando que Lucía se pudiera quedar ahí, para siempre.

Entro de nuevo en la habitación. Todo lo que ocurre a partir de este momento es nebuloso y pasa ya cuando es de noche. Carolina, Carla, Carmen y yo discutimos unas horas, ellas lloran frenéticamente, me dicen, otra vez, que no me quieren volver a ver en la vida, infinitas veces, hasta la saciedad, hasta que sus deseos sean órdenes. Curiosamente, incomprensiblemente, me dicen, también, que no me vaya, que me quieren y que me aman, que me necesitan y que a toda costa lo único que les interesa es estar conmigo.

Llega un punto en el que la discusión se torna violenta y las voces se alzan y se vuelven agresivas. Luego hay momentos extraños, silencios incómodos, frases inconexas, gritos, hasta que le digo a Carmen, reconociendo mi derrota, que, si la cosa sigue así, me voy a volver completamente loco. Ella se pone a llorar, arrepentida. Salgo de la habitación para

respirar un poco, para fumar otro cigarro, me pongo a pensar en la chica de los tatuajes, en lo que le habrá pasado, en si estará más tranquila con su infierno personal. Eso, de alguna manera extraña, me reconforta. Es decir, saber que hay más vidas además de la mía, sin importar si son peores o mejores.

Después, hago unas llamadas a mis amigos, les intento contar lo que ha pasado, pero me pasa lo mismo que me pasó con Lucía: que todo sale como una especie de cosa amorfa, sin sentido, y les digo que no sé qué hacer, pero ellos tampoco saben, solo me escuchan desahogarme. Saben que es lo que hay que hacer en momentos como este, escuchar. Cuelgo y permanezco un rato en el sillón de la sala, recostado, viendo al techo, recuperando las fuerzas necesarias para entrar a la habitación.

Abro la puerta, un poco temeroso, no hay un solo ruido, todo parece más calmado, *ella* parece más calmada, más lista para no matarse o para matarse un poco menos, y, por supuesto, *más* lista para no matarme. La abrazo, muy fuerte, siento sus lágrimas sobre mis mejillas, me voy a quedar contigo siempre, le digo, aunque no sea cierto, te amo con toda mi vida, le digo, aunque tampoco sea cierto. Mi cara empieza a adoptar una cara plácida y tranquila, he encontrado la calma que he necesitado durante todo el día y al fin puedo mirarla de frente a los ojos. Te entiendo, le digo, aunque no sea cierto. Por fin ella puede descansar como bella durmiente y esperar al día siguiente.
